

Manuel Lamana.
Diario a dos voces.
Barcelona: Seix
Barral, 2013

José Martínez Rubio

José Martínez Rubio es Doctor en Literatura Española por la Universitat de València con la tesis “La novela de investigación de escritor. Representaciones de la ambigüedad en la narrativa hispánica contemporánea (2001-2012)”. Su campo de especialización es la novela española y latinoamericana en el ámbito de la memoria histórica, así como la teoría literaria en torno a la representación. Actualmente es profesor en la Università di Bologna. Es miembro del grupo de investigación Artelope-TC/12. Consolider y miembro de la red de investigadores sobre la memoria histórica europea “La memoria novelada”. Es coordinador de *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, y colabora como crítico literario en diversos medios españoles.

Contacto: jose.martinez@unibo.it

Las peripecias de los textos, en ocasiones, son comparables a las peripecias vitales de sus autores, tan dolorosas e imprevistas como la realidad de sus ficciones. José María Lamana cruzó los Pirineos el 6 de febrero de 1939, escapando de la España fascista que habría de triunfar pocas semanas después. Había alcanzado Portbou, la última localidad catalana, en un tren pestilente y sobrecargado que hacía noche en los túneles fronterizos para protegerse de los bombardeos de la aviación de Franco. Las autoridades francesas abrían o cerraban el puesto aduanero durante días, mientras los refugiados españoles se amontonaban a un lado y otro de la línea que separaba la guerra de la humillación. El mismo día que cruzó la frontera, emprendió la larga marcha hacia el campo de concentración de Argelès-sur-mer junto a otros miles de republicanos, y fue anotando en su diario los pormenores de su padecimiento que, leído en la actualidad, no solo prevalece como un fehaciente testimonio de un refugiado que emprende el camino del exilio, sino que también resuena como un grito universal por la dignidad y la democracia.

Manuel Lamana recibió este diario, entre las pertenencias de su padre, días después de su muerte, en 1952. Como él mismo explica en el prólogo de 1985, entendió que era una suerte y un deber dar a conocer la historia de su padre, como epítome de la España en la diáspora, con las propias palabras del padre. Sin embargo, como contrapunto memorialístico, decidió recrear día a día el camino paralelo que recorrió él mismo junto dos de sus hermanos (el mayor quedaba preso en la España fascista) y su madre, campo tras campo, casa tras casa y pueblo tras pueblo, hasta que quedara reunida la familia en Rieux-Minervaux muchas semanas después.

Quizás como un aviso más de la tarea de memoria que debe emprender España como gesto definitivo, y quizás también como un síntoma de la intermitencia de sus impulsos para con el pasado, llega bien entrado el siglo XXI este *Diario a dos voces* (Seix Barral, 2013) de José María y Manuel Lamana, prologado además por el escritor Manuel Rivas. Llega tras muchos avatares editoriales y

emprendiendo una vez más el camino de ida y de vuelta entre España y Argentina, donde residió finalmente Manuel Lamana.

Asomarse hoy a estos escritos, bien desde el punto de vista de la historia, bien desde el punto de vista de la literatura, o incluso desde el punto de vista del mero compromiso ciudadano, resulta profundamente conmovedor. El intercalado de textos entre el padre y el hijo, a resultas de los días en que van asumiendo progresivamente la condición errante del exiliado y del perdedor de la guerra, abrumba por la intermitencia de los tonos y por las formas que adquiere lo trágico de la desbandada de la España republicana. El texto de José María, el padre, contiene un valor testimonial de primer orden, pues sus palabras provienen de aquellos mismos días en que cruzó la frontera y aguardó tumbado en la arena y la escarcha de las playas de Argelès a que decidieran su destino. Y no solo es un inventario de calamidades que sufrieron los exiliados españoles del 39, es también un abismo hacia las pequeñas historias de miseria, mezquindad y esperanza de los refugiados. Con un tono frío y desencantado, después de haber perdido una guerra pero habiéndose mantenido fiel y honestamente al lado de los suyos, relata los pormenores cotidianos apenas perturbados por la España que quedaba atrás, o por la nueva España como dirían los vencedores. Como la evidencia de una fatalidad esperada relata, por ejemplo, la noticia de la rendición de Madrid:

28 de marzo de 1939. Rieux-Minervois

Un día muy parecido al anterior, con frío intensísimo pero sin lluvia ni nieve. El viento que no cesa hace notar más baja la temperatura.

El correo trae una documentación que había pedido a unos amigos que la guardaban en Saint-André de Roquelongue, pero no ha llegado carta de mi familia debido sin duda al temporal del domingo.

Despacho correspondencia y trabajo en mi Diario y en la Memoria que

estoy redactando.

Por la tarde oigo por la radio la noticia de la rendición de Madrid a las fuerzas nacionalistas, hecho inevitable después de los acontecimientos de los últimos meses y que marca indudablemente el final de la guerra.

A última hora recibo la carta que esperaba de mi mujer. Está impaciente por su liberación y me agobia no poder contestarle satisfactoriamente como es mi deseo, pero interesa marchar sobre seguro y tener un poco de calma, que en parte no puedo proporcionarle por no poder confiar al correo las razones por las que no cabe mayor celeridad en las gestiones, ya que éstas no sólo dependen de mí.

Y con esto queda liquidada otra jornada de mi forzado destierro.

Las preocupaciones, cada vez más intensas, me impidieron conciliar el sueño durante gran parte de la noche. Las condiciones marcadas por Franco para fijar responsabilidades me parecieron de una dureza inexplicable y altamente perjudicial para la pobre España, que se verá privada del concurso de muchos ciudadanos patriotas y honorables por el solo delito de pensar, cuando su esfuerzo era tan necesario en la labor de reconstrucción de lo devastado por la guerra. (Lamana, 2013, 226-227)

Por su parte, la escritura reposada de Manuel Lamana, muchos años después de aquellos sucesos, se convierte en un ejercicio de memoria mucho más elaborado, y también legítimo a la hora de estudiar los acontecimientos traumáticos del pasado. La fabulación, que el propio Manuel Lamana permite (y admite en el prólogo de 1985), no pervierte el testimonio de su padre, sino más bien al contrario refuerza la verdad desnuda, de modo que completa con sensaciones los detalles de aquel invierno del 39. ¿Cómo no evidenciar, con todas las prevenciones, las reflexiones que tendría un joven obligado al éxodo y privado de libertad? Y sobre todo, ¿por qué no?

Escribo la frase y la pienso después; está bien: he salido “al” pueblo. El pueblo es mi apertura, mi contacto con la realidad. Por unos minutos podré pensar todos los días que soy libre. Y si no pensarlo, sí vivirlo, creérmelo por lo menos, aunque sea con un horario limitado. Libre de andar, libre de saludar. De comprar ya no, pero haré el gesto. Iré aprendiendo, o más bien no olvidando. Conservaré la actitud de la persona libre y se me ocurre que así me será más fácil serlo plenamente cuando llegue el momento en que las autoridades (hacía tiempo que no salía esta palabra) me lo permitan. Es paradójico: cuando me permitan ser libre, lo que significa ser libre por autorización. Me autorizan a ser libre, luego no soy libre. Es como para dudar de que alguna vez se llegue a ser libre del todo. Además, ¿qué quiere decir ser libre del todo? Trato de imaginarme situaciones de libertad absoluta y no puedo encontrarlas. ¿La libertad absoluta supondrá estar solo o por el contrario sólo puede gozarse acompañado? Además, siempre se será libre en cuanto a algo, ante algo, de algo. (Lamana, 2013, 94)

Puede que esas mismas reflexiones sean las que resuenen en la sensibilidad del lector de *Diario a dos voces*. No en vano, Manuel Lamana fue primero lector del diario de su padre, José María Lamana, y solo posteriormente compilador e impulsor de la publicación de la experiencia concentracionaria de su padre, junto a su propia experiencia. La tipografía de esta edición ayuda a ir cambiando de tono, a observar la dureza de los días y a dejarse envolver por las ensoñaciones y lamentos del por entonces joven Manuel.

Acostúmbrate. Y cuando estés bien acostumbrado, cuando sepas sus leyendas y quiénes fueron sus hombres célebres, cuando tengas amigos como Jacques y como Jeannot, cuando tengas alguna amiga como Mercedes o como Silvia, entonces, justo entonces te tendrás que marchar. Te tendrás que marchar y no habrá amigo ni amiga ni hombre célebre enterrado. No habrá nada. Y te irás quién sabe adónde y por qué y con qué gente. El

tiempo en Ornans se había vuelto rutinario. Demasiado. Era un peligro. No sólo por la rutina, sino porque ya me podría creer que estaba instalado. No me lo creía del todo, pero podía creérmelo. Yo estaba allí, en Ornans, en una garçonnière de la Cité Oerlikon. Era mi sitio.

¡Qué va a ser tu sitio, iluso! Tu sitio no está. Ni en la Cité Oerlikon ni en ninguna parte. Tu sitio aún no se ha hecho. Cuando hicieron el mundo, se olvidaron de hacer el sitio para ti. Por eso andas así ahora, de un lado para otro. Por eso no serás nunca de ninguna parte. Por afecto, por cariño, por interés porque tu vida se desarrolla en algún lugar, y cuando estés entregado, cuando creas que tu vida tiene ya un sentido en ese lugar, entonces, justo entonces, tendrás que irte.

¿Así siempre? (Lamana, 2013, 285-286)

El doble texto resultante de esa combinación de discursos dará al lector, al estudioso, al crítico, una doble mirada sobre una misma tragedia. Esa primera mirada es la que observa, la que cifra las penalidades, la que sufre y cuenta su sufrimiento. La segunda es la que comprende y la que calcula el valor de la derrota y sus consecuencias ya vividas a lo largo de muchos años de exilio.